

## BREVE HISTORIA DE LA LIMPIEZA

(Extractado de «El jubón manchado» por Anna Sommer Lenn. «Correo de la UNESCO»).

**Limpieza, asepsia, higiene** son palabras que se pueden tomar como sinónimos, aunque no siempre signifiquen la misma cosa, o no siempre se usen en el mismo contexto. De cualquier manera ellas nos permiten prevenir la enfermedad o preservar la salud.

Esta breve y amena «Historia de la limpieza» posibilita al maestro trabajar el tema de la higiene en distintos aspectos, y permite encarar múltiples actividades de ciencia, historia, geografía, lenguaje, matemáticas, etc.

Esperamos que los compañeros puedan sacarle provecho y que nos envíen los resultados de sus experiencias.

L.N.

**Una página que describa la librea azul y blanca de los pajes medievales puede conjurar en el lector una visión de castillos, caballeros cruzados y pálidas damas con tocados puntiagudos. Los rasos acuchillados y los suntuosos brocados del Renacimiento traerán sin duda a su imaginación a Leonardo, a Lorenzo y a los Borgias de corazón insensible. Los ganeses de empolvada peluca y las damiselas vestidas de tafetanes y terciopelo de color verde manzana, probablemente le evocarán la Revolución Francesa.**

**A mí, no. Como ama práctica de casa que soy -y toda castellana de una casa de siete habitaciones y una familia de cuatro personas, pero sin servicio, se vuelve práctica o pronto se convierte en una esclava- mi imaginación se fija en algo distinto: En las manchas de un pastel de carne de venado sobre una túnica de caballero; en la salsa de un adobado falsán sobre la pechera de un Médicis o -¡uf!- en los churretes de color castaño oscuro -trazas de chocolate, la última moda-, en un justillo o un mirriñaque del siglo XVIII. Veo colas de terciopelo arrastrándose por suelos empedrados, llenos de desperdicios y huesos grasientos de la última comida; zapatos de raso tornasolado de la Venecia del siglo XV hollando guijarros cubiertos de fango; calzones de jinete -de color de champafia- manchados por el roce de la silla de montar. ¡Válgame Dios! ¿Cómo se las arreglaban en los tiempos en que no existía la «limpieza en seco?».**

Sin duda en otras épocas las gentes no eran tan meticulosas como nosotros, que los perfumes disimulaban los olores del cuerpo que las aguas residuales discurrían por medio de las calles y que los excusados eran agujeros malolientes. Bien podían las clases acomodadas de aquellos tiempos llevar no muy limpia la ropa interior, que no se veía, pero ¿podemos imaginarnos a la famosa Duquesa Isabella d'Este bailando con un vestido manchado o a Sir Walter Raleigh desechando su capote porque estuviera sucio? La ropa era muy cara, aún para los ricos. Hasta 1787 todas las telas se tejían a mano. La confección de una prenda de calidad llevaba semanas y, a menudo, meses de trabajo. Lucrecia Borgia tenía un vestido que había costado 15.000 ducados. Los caballeros de la corte del rey francés Carlos IX usaban calzas que costaban de sesenta a cien libras el par. Y las prendas así no se tiran como servilletas de papel. Por el contrario, los vestidos y mantos de ceremonia pasaban corrientemente de padres a hijos.

Por lo tanto, de alguna forma tenían que atacarse las manchas visibles y nada embellecedoras. Pero ¿cómo? Con el tiempo conseguí una lista de los quitamanchas utilizados por numerosos pueblos, desde los antiguos egipcios hasta fines del siglo XIX, lista que suena a un auténtico cocimiento de bruja. NO hay ojos de lagartijas ni ancas de rana, pero sí hiel de buey, planta jabonera, huesos molidos, orina descompuesta, excrementos de cerdo, estiércol de oveja, yema de huevo, leche hervida, agua de manantial, salitre, salvado caliente, tierra de batán, hierba de vaca, goma arábica, miel, palo de jabón, saponaria, cáscara de quillay, potasa cáustica, potasa purificada, harina de habichuelas, blanco de París o yeso francés, levadura de cerveza y agua de cola. Esos eran los quitamanchas, detergentes, emolientes y disolventes que utilizaban nuestros antepasados.

Cuando la mujer del César decidía que la toga amarilla de diario de su noble esposo estaba demasiado sucia para sentarse con ella ante el Foro aquel día, la enviaba al batán o fullonica, establecimiento para la limpieza de trajes de aquella época. Las prendas colocadas en recipientes de agua en la que se diluía un álcali sufrían allí los pisotones de los fullones (bataneros). El álcali de lavar más barato y más comunmente usado era la orina descompuesta de hombres y de animales, ingrediente que tenía efectos saponáceos sobre las lanas sucias. Tan necesaria era la orina en la época de los romanos para limpieza de los vestidos de lana, que habían recipientes para recogerla en casi todas las esquinas.

### Como se lavaba la ropa de los profetas bíblicos

La tierra de batán, de la que hay numerosas variedades, deriva su nombre de los bataneros que utilizaban la greda para absorber la grasa y la suciedad de las telas. Plinio

recomienda que éstas se laven con la variedad sarda de la tierra de batán. Los griegos mostraban predilección por tierras de batán como la cimolita y las procedentes de selinus y Chios. Después del lavado, los paños de los antiguos eran, por lo general, cepillados y cardados con una piel de erizo o con cardos, para levantar el pelo de la lana.

En los tiempos bíblicos, los batanes estaban situados en la parte exterior del muro oriental de Jerusalén, donde se tendían a secar las prendas después de haberlas lavado en recipientes de cobre. («El libro del profeta Malaquías dice: Porque será como fuego purificador y como jabón de bataneros». Mal. 3.2 Y el apóstol San Marcos: «Sus vestidos se volvieron resplandecientes y muy blancos, como no lo puede blanquear lavandera alguna sobre la tierra», Marc. 9. 3.

Inglaterra fue durante siglos el país de mayor producción de tierra de batán gracias a sus yacimientos cretáceos. Cuando el gabán de damasco de Enrique VIII -atropellado glotón- llegaba a acumular demasiada mugre, un servidor de Palacio frotaba las manchas con la tierra purificadora. Shakespeare, en una de sus comedias menciona a los bataneros, quienes hoy junto con otros artesanos como los fabricantes de flechas o de clepsidras, no son ya sino un recuerdo.

Siglos antes del advenimiento de los lavaplatos automáticos y de las máquinas de lavar, los antiguos poseían el secreto de los detergentes no jabonosos. En todos los países, desde el Egipto de los Ramsés al imperio de los Incas, de China a Francia, crecen especies de una familia de plantas saponáceas cuyas raíces, cortezas y frutos exudan un líquido mucilaginoso que produce espuma en el agua. En estos detergentes naturales podían lavarse las sedas más delicadas sin dañar el material o gastar los tintes. Egipto tenía saponina de Levante (*gypsophylia struthum*); España, la llamaba saponica española o de la Mancha, China tiene el árbol de jaboncillo, que todavía utilizan para lavar las clases más pobres; las Indias Occidentales cuenta con el quillay o nogal americano. En México, los indios usaban una raíz saponácea que aún se encuentra hoy en California y en Colorado. En los países de Europa, la hierba jabonera llamada también hierba de batán era la especie saponácea más corrientemente usada.

La planta jabonera (*sapanoria officinalis*) es una hierba europea de color rosado que crece silvestre en las lindes de los caminos, entre la maleza y en las riberas de arroyos y ríos. Ya en la Edad Media, las buenas amas de casa utilizaban un extracto de hojas y raíces de la planta jabonera para limpiar manchas de grasa en la lana, el lino y el algodón. En los castillos medievales se lo usaba para limpiar las sedas y terciopelos señoriales importados del Oriente.

#### La limpieza en la época de los viajes a caballo

A medida que las prendas de vestir fueron haciéndose más complicadas en corte y ornamentación, las amas de casas comprendieron que les tenía cuenta descoserlas para sumergir separadamente las piezas en espuma jabonosa. Cada prenda se limpiaba pieza por pieza, las cuales fijaban

después laboriosamente por medio de alfileres a hormas de madera, con el fin de reducir al mínimo los pliegues y deformaciones. Después las piezas volvían a coserse otra vez.

El polvo y el barro de los viajes a caballo en el siglo XIV, por ejemplo, se limpiaban dejando primero que las prendas se secaran en las inmemoriales cuerdas de tender ropa.

Después se les sacudía vigorosamente con una vara de mimbre o con la paleta que las lavanderas golpean la ropa blanca a la orilla de los ríos; luego el ama de casa trataba las prendas con la sustancia que más efectiva le parecía: la hierba jabonera, la orina o quizás el salitre. El uso de éste como quitamanchas aparece ya mencionado por Plinio y en el Antiguo Testamento: «Por mucho que te laves con nitro (salitre), por mucha lejía que emplees, siempre verán mis ojos la suciedad de tu depravación, dijo el Señor» (Jer. , 2,22).

Otro antídoto de los tiempos antiguos contra la suciedad era la hiel de buen mezclada con agua en estado de ebullición. Se consideraba muy buena para la grasa y, en especial, la de los ejes y de los carrmatos que empezaron a manchar los vestidos cuando la civilización nos trajo los vehículos. Las prendas se empapaban en una solución de hiel de buey y después se lavaban con agua pura. A continuación se les aplicaba «agua de cola» y se ponían a secar ante el fuego. Sin duda, el «agua de cola» tenía el efecto del almidón y devolvía al material su apresto y contextura. Parece que la miel y la goma arábica se utilizaron también con el mismo fin. Una vez que habían sido sacadas las manchas con la hiel de buey, se cubría el paño de arena fina humedecida y se frotaba luego con un cepillo duro. Era también común aplicar seguidamente dos o tres gotas de aceite de oliva con un cepillo blanco para devolver su lustre al tejido.

Todavía existía otro buen remedio para las lanas sucias, y era una solución concentrada de palo de jabón en agua, con una pequeña cantidad de goma arábica. El palo de jabón actuaba como detergente y la goma arábica servía para devolver el apresto. La prenda se secaba en la sombra y se cepillaba en dirección del pelo del tejido.

El salvado caliente, aplicado por frotación o con un cepillo, fue durante cierto tiempo un medio muy apreciado para limpiar las pieles de los animales, debido a su facultad de absorber la grasa. Los excrementos calientes de cedo y el estiércol fresco de las ovejas eran utilizados como quitamanchas todavía en los siglos XVII, XVIII y principios del XIX.

Hasta el siglo XIX, el ama de casa disponía además de otro método para las prendas sucias: la colada. La ropa blanca se sumergía en una lejía, hecha con cenizas de haya o abeto, huesos molidos y agua hirviendo. Luego se enjuagaban las prendas, volvían a empaparse y se tendían al sol para que se blanquearan. Por muy eficaz que este método fuera para las prendas de lino y algodón, no era aplicable a la lana, la seda o el terciopelo.

#### A comienzos del siglo XIX el jabón se hacía en casa

El ubioco Plinio nos da también datos de los primeros jabones. Afirma que el sapo (jabón) era una invención de los

galos. que se introdujo entre los romanos al conquistar éstos los pueblos galos y germánicos. Era una mixtura blanda de cebo de cabra y cenizas cáusticas o potasa (de «pot» olla por el caldero de hierro en que se obtenían las cenizas por evaporación)

Evidentemente Plinio desconocía que los fenicios, los egipcios y otros pueblos bíblicos conocieron diversas clases de jabón. Los jabones del Antiguo Testamento consistían en un tosco producto que los bataneros confeccionaban con sustancias vegetales alcalinas, mientras que los egipcios combinaban la «trona» (natrón), su sosa indígena emparentada con el bórax californiano, con aceites vegetales o con cebo. El médico griego Galeno (siglo II) indicó el jabón como específico contra ciertas dolencias.

Sin embargo, todavía en la Edad Media el jabón constituía un artículo estrictamente de lujo, utilizado parcamente por las personas acaudaladas como cosmético (en tiempos de Plinio principalmente como pomada para el cabello) o como medicamento. Hasta el siglo XVI no se generaliza su uso para la limpieza y lavado en general. Hacia esa época se había descubierto que el jabón se endurecía tratándolo con sal. Durante siglos se le dio al moldearlo forma esférica, en lugar de las barras planas de hoy, y durante la mayor parte de ese tiempo exhalaba un fuerte olor animal. Hasta principios del Siglo XIX la fabricación del jabón era un trabajo casero. Sin embargo, el jabón, como la colada, nunca fue método muy empleado para limpiar sedas, brocados, tafetanes, terciopelos y damascos.

En los primeros años del siglo XIX, los hombres de ciencia como Michael Faraday en Inglaterra y Karl Reichenbach en Alemania terminaron con la supremacía de las plantas jaboneras, la hiel de buey y sustancias afines.

Los experimentos con carbón de alquitrán (Faraday) y con petróleo (Reichenbach) indicaron la era de las naftas. Se dice que la «limpieza en seco» nació cuando una criada dejó caer una lámpara de trementina sobre un mantel, el cual quedó milagrosamente limpio y reluciente. El primer establecimiento de limpieza en seco fue abierto en 1845 en Francia por un tal Jolly Belin. No mucho tiempo después dejó de tener valor el clásico aserto de Liebig de que «una civilización se mide por la cantidad de jabón que utiliza». El nuevo método de limpieza en seco da hoy la medida de nuestra época.

## SUGERENCIAS

Ubicación histórica de algunos hechos, épocas y nombres que aparecen en el texto.

Valoración en lo posible de ducados y libras.

Elementos usados históricamente en la limpieza.

1) Identificación y reconocimiento y procedencia de algunas de las sustancias. 2) Tratar de averiguar los componentes de las principales sustancias de limpieza mencionadas y sus propiedades.

Estudio de algunos términos como: saponaria, potasa, batán, fullónica, álcali, lejía.

Fabricación de jabón (realizar la experiencia en clase).  
El jabón líquido.

Los detergentes modernos. Su procedencia.

Otros productos modernos de limpieza y asepsia.

Investigación sobre las formas familiares de limpieza de ropa.

Consecuencias ecológicas del uso de detergentes y otros productos modernos de limpieza.

Cálculo de la cantidad de detergente usado por una familia durante el mes. Cálculo aproximado de la cantidad que se gastará en una ciudad o en el país. Su consecuencia sobre los cursos de agua.

Investigación sobre productos que usan las industrias y posibilidades de control.

**Vocabulario:** Poner atención a algunas palabras tales como: trementina, saponaria, etc.

